

David Serrano Blanquer

Un cadáver en el espejo

La odisea de Juan Camacho:
Gádor, Mauthausen, Montevideo

CILEC

CENTRE D'INVESTIGACIÓ
DE LA LITERATURA EUROPEA
CONCENTRACIONARIA

FUNDACIÓ
VRS

Primera edición: diciembre de 2010

Publicado por Fundació Ars
Migdia, 18 - 08201 Sabadell
info@fundacioars.org
www.fundacioars.org

Els papers del Cilec, número 2
Director de la colección: David Serrano Blanquer

© David Serrano Blanquer (del texto)
© Ángel del Río Sánchez (del prólogo)
© Manuel Costa Fernández (de la introducción)
© Fundació Ars (de esta edición)

Edición a cargo de Pol Costa Creus
Asesoría lingüística: Ana Otero Otero
Fotografías: archivo David Serrano.
Cartografía y tratamiento de imágenes: Paz Pizarro
Diseño de la portada: Marta Pascual

Gestión editorial: Gràfic Set PCI, S.L. – Sabadell
Depósito legal: B-44681-2010
ISBN: 978-84-89991-25-5

El trabajo de campo que ha dado origen a este libro
fue subvencionado por la Direcció General
de la Memòria Democràtica de la Generalitat de Catalunya



La publicación de este trabajo ha sido posible
gracias a la subvención otorgada por el Comisariado
para la Memoria Histórica de la Consejería
de Justicia y Administración Pública

Sumario

Memoria histórica, ¿para qué? 11

Manuel Costa Fernández

Clamor de cenizas. Las memorias de la deportación 17
en nuestra sociedad contemporánea

Ángel del Río Sánchez

Una gorra, una sonrisa 29

Una familia de emigrantes andaluces 37

La Guerra Civil: en primera línea del frente del Ebro 41

Del exilio francés a un nuevo frente 47

K.Z. Mauthausen 53

El segundo exilio francés 87

Destino final: el nuevo mundo 97

Cronología 108

Agradecimientos 111

Índice onomástico 113

Mapas

La odisea de Juan Camacho 14

De Miséry a Mauthausen, la deportación de Juan Camacho 54

Clamor de cenizas

Las memorias de la deportación en nuestra sociedad contemporánea

Ángel del Río Sánchez

Delegado en Andalucía de la Amical de Mauthausen

La deportación republicana a los campos nazis

En la actualidad se conoce la identidad de cerca de nueve mil republicanos españoles que fueron deportados a los campos de concentración nazis. Un sesenta por ciento de esta cifra no logró sobrevivir. Es decir, casi dos de cada tres republicanos encontraron la muerte en los campos, lo que les confiere el calificativo de exterminio con todo rigor. Entre ellos, más de un millar de andaluces con nombres propios fueron reducidos a cenizas en los hornos crematorios. De los liberados no se sabe cuántos lograron sobrevivir a los primeros meses de libertad a causa de las graves enfermedades que arrastraban y a su estado de desnutrición. Muchos de los supervivientes apenas pesaban treinta y cinco kilogramos en el momento de la liberación. Algunos de ellos fallecieron con la ingestión no controlada de alimentos o por las irreversibles secuelas que padecían. También, habría que añadir a varios centenares de republicanos que figuran como desaparecidos, cuya suerte final se desconoce completamente.

En primer lugar hay que destacar que la tragedia de la deportación republicana a los campos nazis afectó a varios centenares de mujeres, aunque todavía, hoy día, se siga asociando casi en exclusividad a los hombres. En el caso andaluz, a diferencia de otros territorios del Estado como Cataluña, Madrid o Aragón, el drama femenino es más minoritario y sólo conocemos la identidad de dos mujeres que consiguieron sobrevivir: María Antonia Benítez Luque de La Carlina (Jaén) y Carmen Zapater Aguilera de Sevilla. Ambas ingresaron por su participación en la resistencia francesa contra los alemanes en el campo de Ravensbrück que llegó a albergar a más de 130.000 mujeres y niños de muy diversas nacionalidades.

La geografía de la deportación republicana abarca la totalidad de los pueblos de España. Destaca, en cuanto a número, la presencia de catalanes, andaluces, aragoneses y valencianos sobre otras comunidades. Dominan, sobre otros, los grupos de edad que va desde los veinticinco hasta los cuarenta años. La presencia de individuos en grupos de edad más jóvenes, por debajo de los veinte, o mayores, por encima de los cincuenta es más débil. Ello implica que, de manera abrumadora, los deportados estaban en edad de combatir en la contienda española y, por ende, una gran mayoría, lucharon al servicio de la República.

La inmensa mayoría de estos republicanos y antifascistas fallecieron en el complejo concentracionario de Mauthausen. El campo anexo de Gusen se convirtió en el verdadero centro de exterminio de los españoles alcanzando la espeluznante cifra de cuatro mil trescientas víctimas. En el Castillo de Hartheim, centro de eliminación sistemática de discapacitados físicos e intelectuales y de personas no aptas para el trabajo, fueron gaseados cuatrocientos treinta y un españoles. En el campo central de Mauthausen fueron asesinados más de trescientas personas y el resto, unas decenas, se reparten en kommandos menores como Steyr, Ternberg, Linz, Bretstein y otros. Un número todavía indeterminado de republicanos murieron en otros campos del III Reich como Dachau, Buchenwald, Bergen Belsen, Sachsenhausen, Neuengamme, Flossenbürg, Auschwitz II–Birkenau...

Los años con mayor número de víctimas fueron 1941 y 1942 respectivamente, superando entre ambos el noventa por ciento del total. A partir de 1943 decae el número de víctimas mortales porque el Estado nazi precisa de la mano de obra reclusa para la maquinaria de guerra. El primer español que muere en un campo es el andaluz José Marfil Escalona, de Fuengirola (Málaga). Lo hace en Mauthausen un 26 de agosto de 1940, apenas veinte días después de su ingreso, cuando tenía cincuenta y dos años. El grueso de deportados españoles tuvo un valiente y emotivo gesto a su memoria: le dedicó un minuto de silencio cuando realizaban la formación en la plaza de recuento. José Marfil deja en Mauthausen a su hijo, con diecinueve años, que logra vivir para contarlo (tiene publicadas sus memorias: José Marfil *J'ai survécu à l'enfer nazi (Sobreviví al infierno nazi)*, L'Harmattan, 2003).

La suerte de la mayoría de los republicanos supervivientes está aún por esclarecer. Una gran parte se quedó a vivir en Francia y allí murieron en el más absoluto de los olvidos por parte de sus paisanos. Otros emigraron a América lati-

na donde se les pierde totalmente la pista. La prolongada dictadura de Franco terminó por desenraizar a estos deportados de sus propios pueblos. Es muy significativo que hoy, en pequeñas poblaciones donde apenas existe el anonimato, la gente se sorprenda de que algunos de sus vecinos sufrieran aquella experiencia tan espantosa.

La deportación republicana: un drama desconocido que necesita difundirse

A pesar de la abundante literatura existente sobre las víctimas del nazismo, el drama de la deportación de los republicanos a los campos nazis sigue siendo un tema muy desconocido para buena parte de la población. Todavía existe una idea muy extendida de que la única relación de España con la Segunda Guerra Mundial se debe a la llamada *División Azul*. No en vano la historia de esta unidad de soldados españoles encuadrada en la *Wehrmacht* de Hitler para combatir al «enemigo rojo», fue presentada durante bastantes décadas como una valerosa gesta patriótica y elevada a categoría de símbolo identitario de la España de Franco. En cambio, en el otro lado, la historia de los republicanos y republicanas que combatieron al nazismo en Europa y acabaron siendo sus víctimas quedó relegada al más absoluto de los silencios. Los republicanos que lograron sobrevivir al horror de los campos y a la dictadura franquista, no fueron, ni de lejos, rehabilitados social y simbólicamente como aquellos divisionarios y sus existencias fueron perdiéndose, poco a poco, por los sumideros de la historia. Ni siquiera el despertar en las últimas décadas y la extensión de la memoria del Holocausto en todo el mundo, España incluida, ha logrado sobreponerse de una vez por todas al olvido que existe sobre nuestros paisanos deportados. Todavía es predominante la idea de que los campos de concentración nazis fueron ideados para el exterminio del pueblo judío en exclusividad. Y genera contrariedad, estupor y sorpresa que en esos siniestros recintos hubiera personas vestidas con raídos trajes a rayas que hablaban catalán, castellano o andaluz y soñaban desde aquellas tierras brumosas y heladas con sus pueblos blancos y luminosos, con sus familias y con sus gentes.

«A ver quién es el primero que vuelve a Olvera», le decía un decrepito Cristóbal Raya Medina a su paisano Eduardo Escot Bocanegra cuando era trasladado desde Mauthausen al campo de Gusen un día de la recién estrenada primavera de 1941. «Quizás, ninguno de los dos», le respondió el joven Eduardo que barruntaba desde su llegada el destino trágico de aquel lugar. Fue la últi-

ma vez que se vieron. Meses después Cristóbal moría en Gusen. Eduardo jamás se olvida de aquel encuentro y aquella conversación. «Todavía, allí, en Mauthausen, uno pensaba en su pueblo. El cariño de su pueblo. Cristóbal Raya no volvió jamás a Olvera. Y yo estoy aquí. ¿Por qué? ¿Por qué?», reflexiona a sus noventa años con cierto desasosiego desde su residencia en Rosny-sous-Bois, cerca de París. El hermoso pueblo blanco de la sierra de Cádiz ignoró durante muchas décadas el drama de estos hijos que fueron capaces de soñar y enaltecer a Olvera como la Arcadia feliz desde las mismas tripas del infierno nazi. Afortunadamente el pueblo ha podido resarcirse de ello tributándoles un sentido homenaje en marzo de 2007. Sus nombres, junto al de otro paisano también fallecido en Gusen, Pablo Barrera Pernía, fueron inmortalizados en una placa como símbolo de reconocimiento a los que lucharon por otro mundo posible y de alerta ante las nuevas y viejas formas de discriminación que acechan nuestra sociedad.

Pero la realidad actual sigue siendo, a pesar de los avances, oscura. Las cuatro décadas de dictadura de Franco y las tres de democracia —éstas de manera incomprensible—, han minado la memoria de estos luchadores hasta el punto de hacerlos desconocidos en sus propios pueblos de origen. La mayoría de estos republicanos que salieron de sus pueblos y ciudades en los convulsos años de la Guerra Civil (1936-39) para combatir al servicio de la República contra el ejército sublevado, han caído en el más ignominioso de los olvidos. ¿Saben, hoy las gentes de Andalucía, por ejemplo, de los espantosos sufrimientos y tribulaciones de más de mil quinientos paisanos en los campos nazis? Resulta sorprendente que todavía haya personas que descubren que su padre, su tío, o su abuelo, al que han dado siempre por desaparecido desde los años de la guerra, acabó sus días en condición de preso en un lugar macabro de Europa llamado Mauthausen, Gusen, Buchenwald, Dachau, Neuengamme... Pero resulta aún más penoso que algunos de estos descendientes que crecieron sin la figura del padre, fueran perversamente engañados con la infamia de que éste los abandonó deliberadamente alimentando un falso concepto sobre su persona. Ahora el hijo o hija, descubre, setenta años después, que el padre fue una víctima inocente y que, a lo mejor, el último pensamiento antes de morir, estuvo dedicado a ellos.

Este es el caso, entre muchos, del deportado de la Iruela (Jaén) Víctor García Escudero al que se le pierde la pista en Francia una vez finalizada la guerra

de España. Su mujer es acosada y vejada y acaba muriendo «accidentada» en un psiquiátrico de Madrid. Queda una hija muy pequeña a la que se le educa en el engaño sobre la historia familiar. Siete décadas después, la nieta del deportado teclea su nombre en la página web *Todos los Nombres* (una base de datos sobre represaliados andaluces accesible a través de Internet) y se encuentra con una enorme sorpresa: aparece como fallecido en Gusen en diciembre de 1941. Para la hija del deportado, que había mantenido durante tantas décadas una falsa sospecha, la noticia reveladora del desenlace de su padre supone una catarsis que hace justicia, al menos, a su memoria. «...Por desgracia hasta hace poco estos datos sobre mi abuelo mi madre los desconocía ya que nunca se le informó a la familia y sólo a través de Internet en el mes de febrero de 2006 encontré lo que mi madre siempre había estado buscando: el paradero de su padre. Mi madre vive en Jaén, tiene 70 años y dice que ya puede morir en paz porque su padre no la abandonó, sino que no pudo volver porque lo mataron por las condiciones de explotación y privaciones de los campos de concentración...».

¡Nunca más!

El valor pedagógico de la deportación republicana y los campos de concentración

Toda conquista en favor de la memoria de la deportación republicana es deudora del empeño de los propios supervivientes que han dedicado grandes esfuerzos por hacer de su trágica experiencia un arma pedagógica para combatir cualquier tipo de discriminación contemporánea. El 5 de mayo de 1945 las tropas norteamericanas liberan el último campo nazi, el de Mauthausen, bajo una inmensa pancarta escrita en castellano con la siguiente leyenda: «Los antifascistas españoles saludan a las fuerzas libertadoras». Para los cientos de supervivientes republicanos comienza un doloroso y largo exilio mientras en España la dictadura de Franco se perpetuaba. La inmensa mayoría de los españoles se establecieron en Francia, con el pensamiento y el deseo de regresar a una España democrática. Desde allí se organizan, crean y se agrupan entorno a asociaciones de ex deportados que tratan de llevar a la práctica el Juramento de los Supervivientes, realizado pocos días después de la liberación de Mauthausen, que apela al deber ético de recordar y que termina con estas palabras: «... No olvidaremos jamás los sangrientos sacrificios que los pueblos tuvieron que hacer para reconquistar la felicidad de todos. Recordando la sangre derramada y los millones de seres humanos sacrificados, asesinados, inmolados por el fascismo-

nazi, juramos no abandonar jamás el camino que nos hemos trazado. (...) Nos dirigimos al mundo entero para decirle: Ayúdanos en nuestra tarea.»

De este modo surgen asociaciones como la Federación Española de Deportados e Internados Políticos, fundada en 1945 por los supervivientes españoles en el exilio francés y que ha mantenido desde entonces y, mientras la presencia de supervivientes era significativa, una extraordinaria labor por mantener cohesionada la memoria de la deportación republicana. En España, en 1962, en plena dictadura franquista, nace la Amical de Mauthausen y otros campos y de todas las víctimas del nazismo de España. El objetivo era crear una entidad como las existentes en otros países europeos, especialmente Francia, dedicada a mantener la solidaridad entre las víctimas y sus familiares. La Amical trabajó en la clandestinidad y no quedó legalizada hasta 1978 durante la llamada *Transición* democrática.

La Amical junto a otras asociaciones memorialistas —específicas de exiliados republicanos y generalistas de víctimas del franquismo— y entidades diversas, mantiene viva la memoria de la deportación de los republicanos a los campos nazis en el Estado español. En la actualidad, cuando ya ha desaparecido la gran mayoría de los supervivientes de los campos, el trabajo es posible fundamentalmente gracias a la participación de numerosos familiares de antiguos deportados y, en una proporción cada vez más creciente, de personas que simplemente se sienten implicadas por estas cuestiones. Cataluña ha destacado en este empeño desde el principio. Ha sido la comunidad donde la labor investigadora y de reconocimiento ha adquirido mayor presencia, trascendencia y constancia y ello ha servido de estímulo y ejemplo para desarrollar actividades en otros territorios. Cabe destacar la figura emblemática de la periodista y escritora Montserrat Roig y su investigación pionera *Els catalans als camps nazis* (*Los catalanes en los campos nazis*) editada en 1977.

En Andalucía, el impulso se debe a los ex deportados almerienses, condecorados con la Medalla de Andalucía en 1999 —máxima distinción que ofrece la Junta de Andalucía— Francisco Muñoz Zamora y Joaquín Masegosa Rodríguez. Ambos fueron los promotores del gran referente andaluz de la deportación republicana, ubicado en la ciudad de Almería: el Monumento a la Tolerancia inaugurado el significativo 5 de mayo de 1999 en el parque de las Almadrabillas, junto al Mediterráneo. El monumento representa las escaleras de la cantera de Mauthausen y un deportado subiendo una piedra de granito

sobre sus espaldas. Además, se levantaron 142 columnas como homenaje a cada una de las víctimas mortales almerienses de los campos. Antonio Muñoz Zamora fallece en 2003 pocos meses antes de que viera la luz su biografía *Mauthausen 90.009. La historia de un español en los campos nazis* (Centro Andaluz del Libro) escrita por los periodistas Enmanuel Camacho y Ana Torregrosa a partir de numerosas entrevistas y conversaciones. Sus cenizas fueron depositadas junto al monumento y en el lugar se celebran todos los años actos en memoria de todas las víctimas del nazismo con nutrida representación de entidades ciudadanas y políticas.

Cabe señalar que la primera iniciativa en este sentido en Andalucía se remonta a los primeros años de la década de 1980. Surge por la tenacidad del superviviente afincado en Francia, Francisco García Alcaraz, nativo de la pequeña aldea granadina de Zujáira que apenas contaba con cuatrocientos habitantes en 1940 y que perdió hasta diez de sus hijos en el campo de Gusen. Francisco García con la activa colaboración de un grupo de vecinos y familiares consigue, por fin, mediante cuestación popular, que se levante un obelisco en junio de 1988 en Zujáira a la memoria de todas las víctimas republicanas del nazismo. La aldea, enclavada en el corazón de la Vega de Granada, ha adquirido con el tiempo una dimensión especial por la ritualidad establecida en los actos de homenaje que se celebran periódicamente, logrando articular de manera participada a los distintos sectores de la población, incluidos niños y jóvenes.

En la última década, coincidiendo con la eclosión del fenómeno de la llamada *memoria histórica* en nuestra sociedad, las acciones acometidas sobre la deportación republicana tanto en España como en otros países, han adquirido mayor eco mediático, despertando el interés sobre este episodio en pequeños círculos ciudadanos. La labor de distintas asociaciones memorialistas y de personas a nivel particular por rescatar los nombres, los rostros y las biografías de los deportados ha sido crucial a la hora de involucrar a las administraciones públicas en este asunto. La celebración del sexagésimo aniversario de la liberación del campo de Mauthausen en mayo de 2005, con la presencia del presidente José Luis Rodríguez Zapatero, supuso un gran espaldarazo institucional. La Junta de Andalucía con la colaboración de diversas asociaciones financió la visita al memorial de Mauthausen a un grupo de familiares de víctimas. De aquella inolvidable experiencia surgieron una serie de proyectos que a su vez estimularon la investigación, el reconocimiento y la difusión. Desde

entonces, la historia de los republicanos en Mauthausen, Buchenwald y otros campos nazis ha estado más presente en los medios de comunicación y ha logrado, aunque todavía muy débilmente, sensibilizar a las administraciones del Estado e incardinarse en ciertos sectores de la sociedad, más allá de las propias familias.

Hablan los supervivientes: El valor del testimonio

De este modo, cuando parecía que ya no quedaban supervivientes andaluces de los campos de exterminio, surgen del anonimato los nombres de Virgilio Peña, Eduardo Escot, Alfonso Cañete, Francisco Ortiz, José Marfil, José María Villegas (fallecido en 2008) y Juan Camacho (fallecido en 2009), para ofrecer su testimonio de viva voz. Se descubre, de repente, la historia de estos hombres, nonagenarios en su mayoría, exiliados de una tierra que siempre llevaron consigo y con una impresionante experiencia vital que necesitan socializar. La integridad de estas personas que dedican, todavía, sus últimos bríos a testimoniar sus vivencias para mantener viva la memoria de tantísimos compañeros torturados, asesinados y convertidos en cenizas en los hornos crematorios es, realmente, conmovedora. No son intelectuales ni personas cultivadas en la oratoria —proceden todos de familias muy humildes—, sin embargo, su testimonio posee una extraordinaria capacidad de seducción y son capaces de dejar absortas a las amplias y heterogéneas audiencias que han tenido. Sin duda, estamos ante una generación de personas irrepetible en la historia de España que, sin embargo, todavía no gozan del reconocimiento público que merecen.

Es digna de mención la solicitud del cordobés de Espejo, Virgilio Peña, superviviente de Buchenwald y con un hermano, Hirilio, muerto en Mauthausen, que a sus noventa y cinco años es capaz de cruzar la Península Ibérica en coche desde su residencia en Pau (Francia) hasta Puente Genil (Córdoba) para ofrecer una charla a unos estudiantes de un instituto. Ni que decir tiene que para los jóvenes estudiantes aquel acontecimiento fue especial y supieron captar en la experiencia de Virgilio el verdadero alcance de ciertos valores éticos y el sinsentido de las ideologías y prácticas que atentan contra la libertad y los derechos humanos. En este sentido, el testimonio de un ex deportado adquiere una enorme virtualidad pedagógica y se convierte en un instrumento fundamental en el ámbito de la enseñanza para la educación en valores.

Las palabras del ex deportado valenciano Francisco Batiste (fallecido en

2007), que pronunciaba ante un grupo de jóvenes en el Memorial de Mauthausen con motivo del sexagésimo aniversario de la liberación del campo son más que elocuentes: «Nuestro testimonio oral se está acabando por razones de la edad y el futuro sois vosotros. Evitad que resurjan brotes de racismo, de xenofobia, de intolerancia racial. Quedamos ya pocos testimonios directos, pero para nosotros es una satisfacción ver en vosotros la posibilidad de que nuestro mensaje continúe vivo. Estad vigilantes ante la amenaza de que resurja el odio racial.»

La biografía de Juan Camacho. Un gran paso adelante

En este contexto de valoración social de los supervivientes aparece la figura excepcional de Juan Camacho Ferrer, un andaluz que ha vivido en primera persona todos los grandes dramas del siglo XX: la emigración económica a Francia a una temprana edad; el regreso, siendo joven, a una Cataluña en situación de plena efervescencia social y política; la participación en los frentes de la guerra de España en defensa de la República; el exilio y el internamiento en los campos de concentración franceses; el alistamiento en la Legión Extranjera para combatir a la Alemania de Hitler; la rendición y captura de la unidad militar por parte del ejército alemán y el paso por los *Stalag* en condición de prisionero de guerra; la deportación al campo de exterminio de Mauthausen como apátrida; la liberación y el regreso a Francia como exiliado español; y la definitiva emigración transoceánica al Río de la Plata en Argentina primero y Uruguay después. Una vida intensa que bien merecía la pena ser contada.

Juan Camacho apareció por sorpresa la primavera de 2007 en la sede central de la Amical de Mauthausen en Barcelona para reivindicar su memoria, su condición de ex deportado. Hasta entonces, Juan Camacho era un nombre más de esa larga lista de quinientos andaluces y dos mil españoles que lograron sobrevivir a los campos, y de los que, en su inmensa mayoría, nunca se supo nada. No existía una imagen suya ni nadie había comentado nada sobre su persona. Perdidas las raíces con su pueblo de origen, Gádor, en el Bajo Andarax almeriense, Juan Camacho estaba condenado a ser sólo un nombre en un listado de la deportación. Sin embargo, vino desde Uruguay para viajar a Mauthausen y para contar su vida. Y lo hizo durante tres años consecutivos. Y quería hablar. Y habló y encontró una tierna solidaridad entre los muchos que le escucharon, principalmente jóvenes estudiantes.

Juan ha dejado una imborrable huella entre la gente que lo conocimos. Será muy difícil olvidar a este hombre de casi noventa años, que siempre mostraba una extraordinaria curiosidad y deseo por aprender cosas nuevas. Y, sobre todo, a pesar de tantas adversidades sufridas, mantenía intacto su orgullo y marchamo de luchador republicano y antifascista. «Somos antifascistas, antifascistas hasta la muerte», respondía en una entrevista en Sevilla cuando le preguntaba qué calificativo político identificaba de mejor modo al colectivo de deportados.

Siempre recordaré la enorme impresión que le produjo la película *Tierra y libertad* de Ken Loach que vimos juntos en mi casa y que refleja perfectamente su contextura ideológica. Se quedó totalmente absorto con la historia de aquellos jóvenes milicianos del POUM y libertarios en el frente de Aragón durante la guerra civil que tan magistralmente expone el realizador británico. No perdía detalle alguno y lloraba haciendo gestos de alborozo o de dolor según las escenas. Quedó muy impresionado con la soberbia escena que detalla una asamblea de vecinos y milicianos en donde se decidía la colectivización de las tierras de un pueblo que acababa de ser liberado de los fascistas. Ken Loach con una habilidad escenográfica inusitada es capaz de, en unos pocos minutos, poner de manifiesto todas las dimensiones y contradicciones del conflicto: desde el sentido íntimo y altruista de la lucha que apostaba por la revolución, hasta la visión más estratégica y distante que aconsejaba moderación. En aquel debate, Juan se alineó con los partidarios de la colectivización y se identificaba muy emocionado con las palabras de un miliciano libertario que decía enfáticamente más o menos estas palabras: «Nosotros somos pobres pero tenemos la vida, tenemos el poder. No tenemos que estar agarrados a una pequeña propiedad. Tenemos la vida y moriremos cuando tengamos que morir...» Cuando terminó la película me dijo con vivo sentimiento: «He visto a mi hermano —que murió en el frente de Gandesa— y me he visto a mí».

Juan Camacho murió en el invierno austral de 2009 con la cabeza llena de proyectos, pero dejó un extraordinario legado: la biografía que el lector tiene en sus manos. Este libro, en puridad, no es propiamente una biografía. Es más que eso. El Dr. David Serrano Blanquer, especialista europeo en la literatura concentracionaria y autor de varias obras imprescindibles, nos sitúa en una encrucijada para invitarnos a tomar todos los caminos posibles. Este profesor catalán de la URL ha sabido contextualizar perfectamente la anécdota y el tes-

timonio íntimo en un sistema complejo que conjuga la información histórica con la reflexión ética y filosófica. El libro, decía, trasciende la naturaleza propia del ensayo biográfico porque, a partir de la apasionante vida del republicano andaluz, David Serrano estimula al lector para adentrarse en el mundo de los campos a través de algunos de sus autores más emblemáticos: Imre Kertész, Primo Levi, Jorge Semprún, Amat-Piniella, Elie Wiesel, Hannah Arendt, Claude Lanzmann, Theodor W. Adorno, Enzo Traverso... El libro es, pues, un ensayo que combina el riguroso tratamiento del testimonio y otras fuentes documentales con un profundo análisis, empleando, además, una prosa didáctica que facilita la lectura comprensiva para el gran público.

Una virtud destacable del trabajo del profesor David es que ha sabido recoger perfectamente las pulsaciones del testimonio. Más allá del lenguaje verbal, quedan registrados con maestría los sentimientos, los silencios y las emociones. Esto sólo es posible con el establecimiento de una relación empática entre entrevistador y entrevistado. David Serrano ha eludido esa «distancia cínica» que se presupone como garantía de cientificidad. Aquí no existe la duda. Se toma partido, sin que ello suponga menoscabo del rigor profesional. Y es que difícilmente una persona con cierta sensibilidad humana, aún desempeñando el rol de científico social, puede, desde la lejanía y frialdad que se le supone, dejar de mostrar su solidaridad y total adhesión con un ser humano que ha sido sometido a un sufrimiento inimaginable por un sistema tan perverso como el nazi.

Ahora queda la necesaria tarea de difundir la vida y el testimonio de Juan Camacho. La labor divulgativa cobra un valor esencial para que esta verdad relatada por una víctima contribuya a combatir el desconocimiento. Todo el sufrimiento y la iniquidad, la resistencia y la dignidad que desprenden las páginas de este libro no pueden reducirse, exclusivamente, al debate académico, historicista y especializado como algunos quisieran. El drama de la deportación a los campos nazis con el sacrificio de miles de republicanos, constituye hoy día parte de nuestro patrimonio democrático y como tal debe reivindicarse y ponerse en valor. De ahí que este trabajo tenga un interés extraordinario más allá del público especializado en el universo concentracionario y en los temas sobre el exilio y la deportación republicana. La fascinante vida de Juan Camacho que nos describe y analiza David Serrano, supone una magnífica herramienta para la enseñanza didáctica de este episodio de nuestra historia y

para la promoción social de los valores éticos y la cultura de paz. La perspectiva transversal del ensayo que conjuga historia, filosofía, antropología y literatura, facilita la aproximación al conocimiento integral del fenómeno concentracionario, hecho indispensable éste para la acción social y la reivindicación de la memoria.

Si los nazis intentaron suprimir todo rastro de su macabra obra para que en el futuro no se juzgase su política criminal, el recuerdo es, hoy día, la más clara victoria sobre los nazis de ayer y de hoy. La lucha contra el olvido implica recuperar todos los nombres, todos los rostros y ponerles biografía. Es una deuda que la sociedad tiene con las víctimas, con sus familiares que prolongaron la agonía durante décadas sin que hubiera persona o institución alguna que les hiciera saber el paradero y la suerte de sus seres queridos. La memoria recuperada de este entrañable andaluz debe constituir una lección ejemplar sobre lo que nunca más debe ocurrir.